The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.2
G6332vo

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

VOCES ÍNTIMAS

JUAN BAUTISTA GÓMEZ

VOCES ÍNTIMAS

PROSA Y VERSO

BUENOS AIRES
J. LAJOUANE & Cía. - Editores
270, Calle Bolivar, 270
1929

(Edición Privada)

PROSA

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/vocesntimasprosa00gmez

PROEMIO

HACE ya mucho tiempo que no escribo para el público. Y, sin preámbulos de ninguna clase, al dar a la estampa las páginas que forman este pequeño volumen, —mezclados prosa y verso— voy a quebrantar el propósito que me había hecho de no publicar ya nada, desde la última edición de mi libro «Vibraciones y Ecos Vespertinos», que lo realicé como un homenaje de gratitud hacia las personas que de mis versos se habían ocupado con cariño cuando apareció, hace veintiocho años, la primera edición de «Vibraciones».

La esclerosis que trae aparejada la vejez, hame impedido fijar y detener la visión sobre las páginas en las cuales había de volcar el pensamiento,

cualquiera fuese el tema que hubiéseme seducido para tratarlo y darle publicidad.

Más, en el mes de Enero último, nos fuimos con mi familia a pasar una temporada en Mar del Plata. Y allá, en la magestuosa Playa de Punta Mogotes, en presencia del vasto mar, y seducido por el arrullo incesante de su oleaje, comenzó la imaginación a activarse y a desplegar sus alas; y allí nació la mayoría de estos versos que he querido imprimir en volumen, como una despedida con que me inclino definitivamente ante el espectro de mi musa, para decirle adiós.

He querido también agregar a éstas, algunas otras páginas de carácter íntimo, fraternal y amistoso, en las que se encontrará cartas escritas en diversas épocas, agradeciendo el envío de libros hecho por sus autores, y pensamientos solicitados para algunos álbumes o simplemente párrafos breves y fragmentos de frases de diversa índole que había escrito como un mero pasatiempo, para solaz de mi espíritu. Excuso decir que no tengo absolutamente pretensión alguna al darles publi-

cidad a estos entretenimientos fáciles, que tal vez sean tolerables siquiera para agruparlos en una edición privada, cuyos ejemplares circularán entre los míos y mis amigos íntimos, exclusivamente; quienes sabrán excusarme esta molestia que les ocasiono al insinuarles con ello su lectura, por lo cual les quedo sumamente agradecido.

Espero su benevolencia, en la certeza de que no he de reincidir.

JUAN BAUTISTA GÓMEZ.

1929 - Buenos Aires.

EVOCANDO UN RECUERDO

(En el álbum de la novia de un amigo)

De vez en cuando, o en las horas en que el silencio del mundo aleja del cerebro ese rumor incesante que agita todas las fibras humanas — suelo cerrar los ojos y descansar la cabeza sobre la mano izquierda, para escuchar lo que dice mi corazón en cada latido y mirar con los ojos del alma los horizontes infinitos, anhelante de percibir entre sus nieblas las líneas casi indecisas de perfiles adorados.

Vienen entonces hacia mí, los recuerdos de un pasado lleno de ternuras y de encantos, como aves amorosas que buscan albergue en el mismo sitio donde tejieran su nido en otros tiempos: llegan sonrientes, dibujando caricias, y al refrescar mi

frente con sus alas vaporosas, arrullan mi corazón melancólicas nostalgias.

Cuando el turbulento oleaje de mi existencia se precipita tras esa huella abandonada há tiempo, mi ser entero restituye todas sus fuerzas desmayadas, purísima luz centellea en mi semblante, y la mente enardecida sacude el letargo en que se abisma, recobrando su actividad bienhechora y esplendente.

Entonces —como hoy— sidérea imagen de ilusiones soñadas os invoco, reina inspiradora de mis pensamientos, para volcar en esta página las expansiones íntimas del corazón.

¡Escuchadme!

Tras apariencias engañosas, hállase, a veces, la silueta risueña de una realidad perseguida, como a través de nubes espesas suele aparecer la luna en el firmamento inmensurable, derramando sobre el mundo su luz argentada y melancólica.

Yo no sé si por una evolución de las cosas sujetas a leyes fatales, o si por derivación natural, se producen ciertos fenómenos psicológicos que ejercen poderosa influencia en el espíritu.

Pero lo que sí comprendo, es que hay seres humanos que, —sin haber nacido bajo el mismo cie-

lo, ni haberse visto nunca, sin haber arrullado sus sueños idénticos cantos en la cuna, ni aspirado el mismo ambiente,— tienen tanta analogía entre sí «yendo y viniendo bajo formas parecidas, con un carácter semejante y algunas veces con un destino igual.»

Un ser, al que preciso aludir, y con quien quisiéraos parangonar, heroína de este pensamiento, no había bebido el perfume de las áuras en la mansión bendita de los azahares; no había admirado, en primorosa contemplación, la cascada espléndida de Escaba que domina un hermoso valle de frescura deliciosa; no había extasiádose mirando la nieve que cae incesantemente desde el vértice elevado del soberbio Aconquija; ni había su sien refrescado en horas nostálgicas, los helechos que abren sus verdes abanicos al pie del Chañar, del Cedro, del Laurel, (ese coloso de los bosques de Tucumán), de esa tierra de jazmines y de negros ojos que ha cantado el poeta en estrofas solemnes y brillantes.

No había nacido, no, bajo ese cielo sin rival; ni tostaron su tez los rayos de su magnífico sol. Y, sin embargo, miraba con la misma luz de vuestras pupilas, y sus cabellos, ondulados ligeramente,

cayendo sobre sus espaldas, semejaban la risa de las aguas cristalinas que al rodar desde la altura de la cascada, dibujan en sus ondas hermosos cambiantes y caprichosas curvas.

¡Aquel ser ha sido mi único amigo!... el confidente cariñoso de mis cuitas; el fiel depositario de mis secretos; el que sufría en consonancia con mis tristezas y participaba de mis escasas alegrías con una ingenuidad ponderable, siempre igual. Su eterna ausencia, llorada con lágrimas amargas, ha destrozado, fibra por fibra mi corazón, y en vano buscaba un alma bondadosa que llenara vacío tan desolado y profundo!

Era lo mismo que vos: igual que vos poseía una gracia adorable: fluía en sus miradas esa dulzura angelical que encanta en las tuyas: brotaba en sus labios el mismo timbre de tu voz argentina y melodiosa.

¡Qué singular personaje es la casualidad, y qué caprichoso! El proporciona a las almas pesarosas, gratísimas impresiones, atrayéndolas hacia un algo que disipa todas sus tristezas, o llevando al corazón otro algo infinitamente dulce que sobrevive a todas las decepciones.

La casualidad ha querido que yo escribiera esta

página. Y la pluma, obedeciendo a impulsos del corazón, ha estampado en este libro un recuerdo que vivía latente en mi pecho y que vivirá siempre en mi memoria como en los abismos misteriosos del océano los restos de un naufragio: o

Como vive la hiedra siempre asida
Al árbol secular que se abrazó.

1894.

PAGINA SUELTA

El sol radiante de la estación primaveral ha substituído a las brumas angustiosas del invierno.

La naturaleza se ha transformado: en el cielo, no hay una nube que empañe su limpidez: en el río, dulce y apacible, ni el más leve movimiento agita sus aguas: en el ambiente, saturado con el perfume que difunde el lirio de los valles, flotan las auras suaves cuya frescura vivifica la mente y embriaga el corazón.

A la mañana triste y fría, ha sucedido un amanecer sonriente, que victorean los tenores alados del bosque.

¡Todo renace en primavera!

La flor que se marchita en el invierno, yergue lozana su cuello al ósculo tibio del sol de Septiembre: los árboles del bosque retornan la antigua

pompa de su follaje: las aves ateridas por la escarcha que deslustró sus plumas y enmudeció sus cantos, —batiendo sus alitas sobre el caliente nido de sus amores,— entonan tiernas querellas... y se besan.

¡Yo te saludo, bendita estación primaveral, porque tu benéfica influencia llega hasta el espíritu!

En invierno, la tristeza y la bruma: en primavera, la sonrisa y la luz.

1896.

CHARLA LITERARIA

A Leopoldo Díaz.

POETA amigo:

Quiero que esta carta, absolutamente confidencial, lleve a usted las impresiones que dejaron en mi espíritu las reiteradas lecturas de los tres inspiradísimos poemas que constituyen su precioso y flamante libro.

Fué mi primer impulso, créamelo, tributarle mis aplausos entusiastas con un abrazo sincero, en ese mismo recinto del Ateneo, donde tan ruidosos triunfos conquistara su alto talento poético, porque, temeroso de emitir por escrito un juicio respecto de su obra, —a causa de mi propia insuficiencia,— había encontrado en esa manifestación silenciosa, pero elocuente, la forma adecuada para significarle la vivísima satisfacción que me pro-

porciona el progreso acentuado que sucesivamente se nota en sus producciones poéticas.

He desistido, no obstante, de aquel propósito, echando de lado todos los escrúpulos que en un principio me asaltaron, resuelto a meterme en honduras que nunca pensé abordar, impulsado por el afecto invariable que desde luengos años le profeso, y como una protesta del indiferentismo increíble con que se reciben por el público que piensa, las primorosas fosforescencias intelectuales de la juventud argentina.

He detenido muchas veces mi observación sobre este hecho anómalo, que se repite incesantemente para todo aquello que se relaciona con las manifestaciones del pensamiento y del bello arte; he procurado inquirir el fundamento de este acto que no tiene razón de producirse entre nosotros, y he llegado siempre, para fatalidad mía, a esta deplorable y desconsoladora consecuencia: que aquí no existe el espíritu altruísta de las naciones cultas; que aquí, en vez de avivar el esfuerzo intelectual, se le aniquila *con la conspiración del silencio;* que en lugar de estimular el vuelo de la inteligencia, se le cortan las alas con el acero del egoísmo, o se

le esteriliza con la frialdad de una indiferencia calculada y sistemática!

Y no me explico aun la circunstancia que justifique todo ésto. Porque, mi amigo, yo creo que usted y cualquier otro que da al público una obra intelectual, no va persiguiendo el aplauso unánime; por el contrario, está resuelto y resignado a recibir la diversidad de juicios que ineludiblemente tiene que provocar esa obra, ya sea por la índole de la escuela a que cada uno pertenezca, si se tratara de una obra artística o literaria; ya sea por las teorías y las doctrinas que pregonare su autor, en una producción científica.

¿Acaso es obligatorio aplaudir? Y entonces, ¿por qué no viene la crítica concienzuda, reflexiva, lógica, tal como la preceptúan los tratados de literatura?

Bien venida sea. Ello demostraría que tenemos capacidad suficiente para marcar rumbos accesibles o verdaderos a las inteligencias que se manifiestan inspiradas por magníficos ideales. Pero, recibir silenciosa e indiferentemente los frutos artísticos de un cerebro que trasmite las vibraciones de un espíritu selecto, prueba, sin duda alguna —o que atravesamos un período crítico de achatamiento

intelectual lamentable, o que el mercantilismo que nos absorbe ha blindado de tal modo nuestro organismo sensible, que ya no nos preocupamos de disciplinar la inteligencia, sino de acometer problemas de fácil solución para emprender, con una lujuria de lucro insaclable, la eterna lucha por la vida. O, por decir mejor: para metalizar y metalizarse a todo trance, *como si solo de pan viviera el hombre!*

Feliz de usted, poeta amigo, que a despecho de estas verdades mortificantes y tristísimas, logra todavía sacudir con arrogancia este peligroso enervamiento que nos circunda!

Le agradezco la oportunidad que usted me brinda para enunciar todas estas cosas. Sé que no faltará quien diga que no tengo autoridad ni talla para hacer tales afirmaciones. No sería una novedad para mí, porque soy el primero en reconocer mi insignificancia. Pero que me sobra independencia de criterio y valor moral para afrontar cualquier situación, tampoco lo ignoro; como sé, igualmente, que cada cual interpreta su posición, según mejor crea entenderla.

Puede juzgarse, sin embargo, la imparcialidad de mis opiniones.

Por ejemplo: yo no magnifico el nuevo derrotero que su musa ha elegido para tender sus alas, a través de climas remotos y horizontes desconocidos; soñando en las regiones polares, tan lejanas de las nuestras; asistiendo a nupcias en palacios de hielo entre las brumas escandinavas; conduciendo insomnes visionarios de la idea, en bajeles extraños, sobre trágicas ondas y hacia ignotas «Islas de Oro»; creando un héroe que cabalga audazmente por llanuras siderales, en el torso erizado de enormes alas aquilinas. Yo no aspiro, tampoco los perfumes, pero me deslumbran los raros cambiantes de esa planta exótica que usted ha querido presentarnos, no sé si como una vindicación del *arte modernista,* o como un reto lanzado altiva y gallardamente a sus adversarios. Pero, me siento orgulloso de reiterar al amigo mis congratulaciones y mis simpatías, por la inspiración que fluye a raudales sonorosos en su libro; por la nitidez escultural de sus estrofas; y, para decirlo de una vez, por esa facilidad prodigiosa con que usted domina el verso, en todos los metros, en todos los idiomas, tanto en el *nuestro,* como en el *exótico* y *simbolista.*

No me pida usted explicaciones de estas pala-

bras subrayadas, porque no estoy dispuesto a dárselas.

Bástele saber que no participo de esa escuela denominada por algunos, *decadente,* y por otros, *modernista;* porque la considero perniciosa y extemporánea para la juventud que se inicia, en esta tierra cuya literatura, no sólo no ha sufrido todavía evolución alguna, sino que ni siquiera puede decirse que la posee, puesto que vive del reflejo de las demás. Me explico perfectamente que haya hecho camino en Francia y que allí se encuentre muy bien instalada esa escuela de los colores y del ritmo extraño, como una resultante casi lógica de las innumerables evoluciones de su literatura fecunda y legendaria.

Pero, luchar por domiciliarla aquí, a tambor batiente, donde no hay preparación literaria, y en cambio mucho que aprender para concebirla —no quiero calificar la intención— paréceme que es una tentativa peligrosa y un empeño inoportuno.

No lo tildo a usted de *modernista,* mi poeta, porque, al fin y al cabo, usted no ha hecho hasta ahora, públicamente al menos, el panegírico de esa escuela, ni es reincidente. Y si bien es cierto que en esta ocasión se nos aparece usted con el aci-

calamiento singular de un habitante de las brumazones del norte, abrigo la bella esperanza de que mañana ha de retornar a nosotros con el sencillo pero elegante distintivo intelectual que deseamos no lo abandone, del mismo modo que lo llevan, invariablemente, con gracia y soltura exquisitas, Rafael Obligado y Joaquín Castellanos.

Así lo espero.

El punto vulnerable que encuentro, pues, en su obra, es el cambio de rumbo literario que usted ha impreso a sus producciones últimas. Por lo demás, ha salido usted airoso, como siempre, en esta emergencia, y debe estar satisfecho de ello, como lo estamos todos sus verdaderos amigos, porque —como lo dicen algunas teorías literarias— es difícil obtener la victoria en esta clase de empresas, pues el *simbolismo,* buscado y preparado de antemano, es generalmente frío y poco artístico.

Si el arte es, como yo lo concibo, la representación sensible del bello ideal, usted ha verificado una obra positivamente artística.

Oigo decir, no obstante, que sus poemas no encierran un concepto filosófico; que son fríos sus versos y espumosos; que nada dejan en el alma . . . y no vuelvo de mi asombro!

He leído y releído su libro; he examinado, en conjunto y en detalle, sus poemas, y me he convencido de que tal aserción es injusta.

«Islas de Oro», que figura en la primera página de su obra, y «Belphegor» en la última, tienen, a mi juicio, mucha analogía entre sí, aunque a primera vista no lo parezca; y ambos poemas, por su forma y por su fondo, por el calor y el concepto de sus versos, se hallan exentos de semejante crítica.

«Islas de Oro» es una primorosa y verdadera síntesis de las ambiciones humanas.

Todos abrigamos esperanzas más o menos halagüeñas, según la pasión dominante de cada uno. Estos sueñan con la Belleza; aquéllos con la Fortuna; otros suspiran por la Gloria. Y usted ha logrado encerrar con envidiable felicidad estas aspiraciones en la siguiente estrofa, diciéndonos:

Allá van todos por el camino
Que les depara con su destino
La aguja trémula de la ilusión:
En pos, los unos, de la Belleza,
Los otros, ávidos, tras la Riqueza,
Movidos, otros, por la Ambición!

Por eso, la adolescencia que vive de las ilusiones del amor, detiene su esquife de plata

En la risueña playa
De la Isla de las Flores, donde esperan
Las vírgenes que aman,
Y cruzan bajo el tibio plenilunio
Los bellos argonautas
Fuertes, gallardos, con la frente erguida
Y la fiebre en el alma.

Mientras que allá... a la distancia,

Allá en la Isla de la Fortuna, —
Donde la mágica, silente luna.
Brilla en el diáfano, cielo turquí
.....
Gallardas naves aventureras
Avanzan rápidas con las banderas,
Como cimeras,
Que agita el soplo del Septentrión;
Y se oyen cantos de algún marino,
Que en pos se lanza del vellocino
Por el camino
A cuya entrada vela un dragón.

¿Acaso puede hallarse un simbolismo más precioso, que revele con más intensidad y elegancia, a un tiempo mismo, el frenesí de los que no tienen otro pensamiento ni otro sueño que la Fortuna?

Pero sigamos la huella de estos marinos que van deslumbrados siempre por la maga traidora de la avaricia.

Ved... las rubias «Islas de Oro»!
Gritan los nautas en coro,

Con frenética embriaguez.
Pero el divino miraje,
Arrebata el oleaje,
Más remoto cada vez.

Vienen después los que suspiran por la Gloria, —acaso la más quimérica de todas las ambiciones.— Es un grupo de visionarios.

De intensa mirada
De labios febriles
Y de frente pálida.
Soñadores que buscan la imposible
Quimera sobrehumana.

Y se pierden

En la profunda soledad arcana
Donde vela el Misterio
De garfios invisibles.

Profiriendo apenas el himno

Qué dejó en su boca la Circe traidora
De las embriagueces.

Así vogamos todos en el océano infinito de nuestros sueños quiméricos. Llevamos el rumbo de nuestros deseos a una dirección determinada; anclamos nuestra barca en la playa presentida, y no encontramos allí la felicidad. Y, sin embargo, así es la vida.

He manifestado que «Belphegor» tiene alguna

semejanza con «Islas de Oro». Si éste es la síntesis de las ambiciones humanas, aquél encarna también la noble y legítima aspiración de un alma grande. Es un héroe simpáticamente presentado, en versos robustos y con la inspiración culminante. Alguien ha dicho ya, con verdad, que «Belphegor» es cualquiera de nosotros, realizando su viaje a través del infinito Ideal, en alas de la Quimera eterna».

A pesar de la longitud de esta carta, no puedo dejar de reproducir una estrofa, que para mí constituye la nota más elevada del asunto. Hemos admirado al héroe, siguiéndole en la curva enorme de su vuelo triunfal. Hémosle sorprendido, asimismo, en tanto que su alma confusa dormitaba reposando de sus fatigas... y

Las visiones
Llegaron a su obscuro pensamiento.

Y el Ensueño se sentó a su lado, y la Muerte le besó en silencio y le habló sin palabras, y con paso cauteloso y en forma vacilante le asomó el Espanto su rostro lívido, mientras el Amor

En forma luminosa y leve
Bañado en limpio resplandor de nieve

le dice quedo y conmovido:

En el lejano
Jardín del Ideal, allí florece
La mística azucena del Arcano:
Y tu alma—lirio enfermo—palidece!
Y el Ensueño, la Muerte y el Espanto
Le besaron los ojos, —y al oído,
Con voz que era la sombra de un sonido,
Con voz que sombra de rumor parece
Huyeron murmurando: — Es un vencido!
Y el Amor respondió: — Me pertenece!

Cuando leía por tercera vez estos versos, me parecía estar recitando una de las bellas estrofas de Campoamor. Nadie puede aspirar a mayor elogio.

A designio he dejado para lo último, «La Leyenda Blanca», porque usted conocía ya a su respecto mis opiniones. Este poema es esencialmente moderno y, a mi modo de ver, no admite una clasificación determinada. Su título condice exactamente con cada uno de los versos que lo forman. Se advierte en todas sus páginas la blancura inmaculada del armiño, y, sin embargo, no se siente en su lectura la frialdad de las escarchas polares, porque palpita en sus entrañas el fuego de la inspiración meridional.

Permítame que deje de consignar el desenvolvimiento lógico del poema para llegar a su punto

más interesante y concluir de una vez esta carta. En lo alto del palacio silencioso

La Princesa está soñando con el Príncipe que adora,
Rey de una isla sepultada entre las brumas
En los últimos confines del inexplorado piélago.

Hondo mutismo se extiende sobre toda la comarca. Nada parece turbar la monotonía abrumadora de las eternas penumbras polares. De repente, a los fulgores de la luna que ilumina el firmamento.

La Princesa desde lo alto del palacio silencioso
Ve avanzar, entre las brumas, rapidísimo trineo,
Que parece un albo cisne deslizándose en la espuma,
Que parece un albo cisne de la nieve a los reflejos:
—Allá viene!. . . la Princesa dice trémula de gozo,
Entrelaza con marinas verdes algas su cabello.
Baja en raudas espirales cien peldaños, y en la frente
Y en los ojos, y en los labios, besa al Príncipe viajero.
—¡Oh! mi pálida Princesa, la de pupilas de ágata!
¡Oh! mi virgen prometida, lirio cándido del yermo!
Y doblando la rodilla, la contempla, largamente,
El Príncipe enamorado de la Thule de los sueños.

Después de esta idílica escena, magníficamente presentada, vienen las fiestas nupciales de los príncipes y la venganza del oso blanco, que con aliento

De titán enfurecido
Hunde las garras colérico,
Del palacio en las enormes

Frustas mesetas de hielo;
Sus colmillos, cual puñales
Clava en los duros cimientos.
. . . . . .
Y el palacio se derrumba
Con estrépito en las mudas, en las tristes ondas glaucas.

*

* *

He llegado al final de mi carta, y abrigo la convicción de haber llenado mi propósito. No habría podido proceder de otra manera tratándose de usted, a quien profeso una amistad cordialmente desinteresada y espontánea.

Algunos lisonjeros le habrán aplaudido sin limitaciones, pero sin verdad. Otros le habrán hecho críticas injustas por la índole de sus poemas, sin tener en cuenta que son el fruto de una inteligencia privilegiada y de una perseverancia digna de estímulo.

Mis pobres impresiones confidenciales acerca de su obra, están en consonancia con mi carácter invariablemente franco. Critico lo que me parece criticable, y aplaudo lo que considero digno de aplauso, dentro de la órbita de mis escasísimas facultades intelectuales.

Le pido quiera excusar mi osadía y acepte la expresión sincera de mis afectos amistosos.

Muy suyo

JUAN BAUTISTA GÓMEZ.

Diciembre 20 de 1896.

PARA LA INTRODUCCION DE UN LIBRO QUE NO LLEGÓ A ESCRIBIRSE

I

ABRO este libro, para encerrar en él, con llave de oro, mis recuerdos y mis esperanzas.

No serán ya esas reminiscencias que hasta ayer, no más, ofuscaban mi cerebro, por lo incoherentes y abrumadoras, ni aquellas como ilusiones, sin calor y sin estímulo, que forjara la fantasía a través de horizontes indecisos, las que iré estampando en sus páginas, a medida que transcurre el tiempo, y se aproxima el día en que habré de realizar el único anhelo que hoy palpita en mi espíritu y avasalla mi pensamiento con atracciones infinitas.

Nó: en él quedarán impresas las sensaciones que me sugiere el recuerdo incesante de un ser que ado-

ro, cuyo destino está fuertemente vinculado al mío, por el más hondo y el más puro de los afectos.

Ya no fatigarán estérilmente mi cerebro esas quimeras engañosas que adquieren formas extrañas y seductoras en la mente, y que, cuando se desvanecen, por lo imposibles, abren en el alma heridas profundas que no cicatrizan nunca!

II

¡Atrás, recuerdos lacerantes del pasado! ¡Devaneos pueriles de la imaginación, que tantalizasteis mis mejores años, ya no seréis los fatídicos interrogantes de mi existencia!

III

Mi vida tiene ya un objetivo sublime. Y mi alma, otra alma, que recoge, tierna y emocionada, sus más íntimas confidencias.

Se ha disipado ya la penumbra de mi espíritu. La aurora fulgurante de la felicidad me sonríe por vez primera, y la imagen encantadora de mi Ma-

ría, como una evocación del sentimiento, y un incentivo de mis aspiraciones, colma de primorosos efluvios mi ser entero, y desde el regio trono en que me alienta con su cariño, preside vencedora y adorable, la glorificante apoteosis de nuestros idílicos amores.

Junio de 1901.

EN LA MONTAÑA

A mi hermano Félix María.

DESDE esta elevadísima cumbre de los Andes gigantescos, a cuatro mil metros de altura, y dominado por emociones muy hondas —en presencia de un espectáculo estupendo y subyugador, nunca imaginado, sin ser visto, envíote mi afectuoso abrazo. Estoy de pié, frente al magestuoso Cristo de los Andes, erigido aquí, en la línea precisa que marca la soberanía de la Argentina y de Chile, contemplando extático los formidables colosos de piedra que forman los macizos de la cordillera. A la izquierda, el cerro de los Leones; delante, el Aconcagua; a la derecha, el soberbio y magnífico Tolosa; todos ellos cubiertos de perpetua nieve, culminando al sol en deslumbrantes cristalizaciones, semejan inmensurables ríos de pla-

ta que vinieran de muy lejos, como a desbordarse en las profundas hondonadas...

¡Qué imponente es este Cristo, en su gigantesca estatura, y en su actitud severa y mansa a un tiempo mismo: parece realmente un árbitro de la paz en estas abruptas soledades, con las banderas de ambas naciones en una mano, y la cruz de redención en la otra!

Todo está en consonancia con las impresiones que suscita este panorama extraño y fascinante; pues la grandeza es igual en todos sus aspectos. La imaginación despliega sus alas y se ensancha, pero luego se fatiga ante tanta magnificencia, y solo el espíritu queda como arrobándose en la admiración del conjunto inabarcable. Aquí, en la cumbre, es la desolación torva y fría; pero, su propia rigidez incita a lo grande. Allá abajo, es todo microscópico; sugiere lo pequeño; y la vista se alza instintivamente hacia la cima, para continuar su peregrinaje de montaña y de azul...

Sólo el Cóndor me falta. No lo veo. Pero lo presiento con sus enormes alas abiertas, allá arriba, muy cerca del sol, que dora el Ande.

Al pié del Cristo de los Andes, a 15 de Abril de 1910.

CARTA ABIERTA A ANGEL F. AVALOS

Buenos Aires, 24 de Abril de 1911.

SEÑOR Don Angel F. Avalos.

Mi querido amigo:

Un llamado retrospectivo a mi memoria, me recuerda que soy deudor de amabilidades y atenciones amistosas que en distintas épocas mereciera de tí, razón por la cual, tal vez, y muy justificadamente, acaso, llegaron a mis manos, con cierto retardo denunciador de un olvido ex-profeso, los dos volúmenes de tus Escritos, Conferencias y Discursos Parlamentarios, que has tenido la feliz idea de lanzarlos al mundo con el bello y atractivo título de «Pensamiento y Acción.»

Pocas veces se habrá acertado, como en este caso, en la denominación de un libro que caracterice con tanta exactitud lo que dentro de sí lleva estam-

pado; por que el tuyo, en la expresión estricta del concepto, es realmente pensamiento y acción.

Desde el perfil simpático del periodista agudo y ágil, que, con notoria versación, aborda y analiza los más variados asuntos, hasta el escritor polemista y doctrinario que acentúa su personalidad, y la destaca después en las diversas manifestaciones, de su actuación política, parlamentaria o docente, hay un trayecto enorme recorrido, que trasunta de una manera evidente y encomiable la constante labor de un hombre estudioso y de talento.

Estoy asombrado ante la multiplicidad de cuestiones que ilustraras con tu finísima aptitud crítica, avivando la atención del lector, aun en aquellas que revisten un aparente aspecto trivial, y de las cuales pareciera ser difícil extraer la gema que el ojo certero de la perspicacia descubre, y la presenta exornada con el aticismo y la elegancia que sólo puede hacerlo un esteta consumado.

Y ésto, mi querido Avalos: que tu estilo, correcto y limpio, sin afectación y sin modernismo; impecable en su estructura gramatical, sintáxtica y prosódica, denuncia inmediatamente al educador de buena estirpe, hecho en la cátedra y familiarizado con la buena lectura.

La sencillez y la corrección de tu oratoria, seducen, y denotan la sinceridad con que sientes las ideas que expones, sin pleonasmos ripiosos, indicando que te encuentras holgadamente en la tribuna parlamentaria, donde convences, como en la cátedra, donde enseñas.

Y luego, ¡qué libro valiente, honesto y franco, éste en que has reunido y condensado las múltiples faces de tu inteligencia equilibrada y bellísima!

¡Qué ejemplo para los espíritus retardatarios, que no conciben el acicate del estímulo, ni el éxito del esfuerzo, aun cuando éste se oriente en un orden de aspiraciones superiores y altruístas!, el que significan estos dos volúmenes de intensa labor mental, «consagrados a la civilización del país», como con certeza califica tu obra, tu interesante prologuista, en uno de sus momentos más felices!

Y qué enseñanza para aquellos que sólo buscan en el sibaritismo de la vida la satisfacción de sus propios egoísmos; esos «dechados de vanidad que no quieren exponerse a la contemplación ni al juicio de los demás», por que no perciben la virtud del esfuerzo propio, que ennoblece y alienta al

hombre para templarse y triunfar en las pruebas de la vida.

¿Qué podría yo decirte en está ocasión de tu obra, después de lo que tan justicieramente dijérante personalidades de cuño intelectual y político, en los juicios que figuran en el segundo volumen, complementándolo, y como clausurándolo con un broche magnífico y honroso?

Tu obra es meritoria porque es el fruto de un esfuerzo constante y noble, y por que es toda tuya. En ella está hondamente marcado el surco que trazaras en tu vida pública, abriéndote camino con el empuje de tu brazo, avanzando siempre con la cabeza erguida de honradez y lealtad, y a corazón descubierto.

Paréceme que te viera —como al través de lontananzas azules, allá en la época de nuestra primera juventud, en que resultamos amigos, sin saber cuándo, por qué, ni dónde, — (y aunque hoy con la experiencia y la enseñanza de la vida), — el mismo de entonces; la frente alta, como escrutando el porvenir con tu mirar de poeta, inquieto y reflexivo, a la vez nervioso y franco en el decir y en el pensar, vivaz y afectivo siempre; y este recuerdo que con tanto cariño lo consigno después

de muchos años que tan rápidamente transcurrieron — paréceme también que te vinculara más aun a mis preferencias amistosas, y me alentara para decirte que siempre tuve confianza en el vuelo y en el prestigio que adquiriría tu talento claramente perfilado en tu adolescencia; y que mi satisfacción no puede ser más honda ni más sincera, al enviarte mis aplausos entusiastas por tu importantísima obra de labor y de positiva utilidad para los hombres que actúan en la vida pública.

Te abraza con afecto, tu amigo que te recuerda,

JUAN BAUTISTA GÓMEZ.

A GUSTAVO S. GOMEZ

Autor de «Subjetiva».

Mi amigo:

Subjetivamente, tuve la satisfacción de leer sus muy sentidos y vibrantes versos. Su lectura dejó en mi espíritu una honda impresión de franco optimismo. Y todo cuanto pudiera decírselo en estas líneas me resultaría pálido, incoloro, con motivo de tener que presentarle a usted mis sinceros plácemes, y mis aplausos entusiastas, por el éxito que ha coronado su bellísima concepción poética para descollar, como mejor de las mejores, en el certamen a que fuera sometido este su poema, pletórico de ideas y de nobilísimos sentimientos.

En *Subjetiva,* no cabría parar mientes en alguno que otro lunarcillo que alguien lograra encontrar, no muy en consonancia con sus extremadas exi-

gencias, y que al correr vertiginoso de su pluma nerviosa y ágil, pudiera haberse deslizado en la inspirada construcción de sus estancias y en el pensamiento inspirador de su conjunto.

Precisamente porque su verso es homogéneo; robusto en su estructura y siempre armonioso en la sucesión de sus estrofas; limpia y castísima su musa, hasta en el mentir gracioso y delicado, cuando habla de esas sombras morales que presumo no enfriaron todavía su alma, ni mucho menos habrán entenebrecido su espíritu; precisamente por que se halla exornada de bellezas toda su inspirada «Subjetiva», resultarían con más facilidad notados esos lunares que con muy poco trabajo pudo usted evitarlos.

Me dirá usted que no hay obra humana que carezca de imperfecciones.

Pero, ¿no le parece, mi querido poeta, que nada habría perdido usted con detenerse un instante a pulir esta joya que, por su clase y su mérito, ha sido proclamada la más hermosa entre las mejores?

Me llena de satisfacción y de orgullo a un tiempo mismo, este triunfo poético de usted, no solamente por el afecto que le profeso y el sincero vínculo de amistad que cultivamos, sinó también

porque él refleja como un nimbo de luz sobre la inteligencia correntina, saludada en su nombre y en su persona, con sonoroso aplauso en aquella magnífica tierra del Tucumán, cuna legendaria de la cultura y del talento, tan frondoso éste en sus nativos, como gigantescos los laureles de sus selvas, perennemente perfumados por jazmines y azahares.

Ojalá perseverase usted en producir versos como éstos de «Subjetiva» tan bellos e inspirados, dentro de ese molde estrictamente clásico que a través de tantos siglos ha sido el predilecto y triunfador de todas las lizas en el concepto del ritmo y de la elegancia en el bien decir; tan distinto de ese patrón moderno del exotismo — que pugna por invadirnos como por asalto, — torturador desesperante de la imaginación y despiadado mutilador del idioma, con irreverencias para el arte poético, cuya preceptiva impone, ante todo, el orden y la armonía — por que ésta es condición suprema del arte y de la vida, — y es, precisamente, de tales atributos de que carecen las producciones extravagantes del modernismo.

Pero, si aplaudo entusiásticamente sus versos; si encuentro que el ritmo y la cadencia estructural de

sus estrofas se hallan en perfecta consonancia con el carácter genuinamente subjetivo de su canto; si convengo en que ese tinte de tristeza y amargura que melancoliza las estancias todas de «Subjetiva», sea interesante y hasta condoliente en espíritus precarios, no lo concibo en usted, cuyo temperamento animoso debiera inducirlo a afrontar con arrogancia las incertidumbres de la vida, tanto más problemáticas para usted, cuanto que su juventud y su inteligencia han de abrirle paso por sobre los escollos y entre las breñas, hasta realizar por altas que fuesen, sus legítimas ambiciones.

No, pues, mi amigo. Por simpático y disimulado que usted nos presente el escepticismo de que se halla poseído, y retrospectivando sus recuerdos hacia las brumas de un pasado aún no distante, traduzca usted en sus versos una nostalgia intensa y evoca, para acentuarla más todavía,

> « El sol de las risueñas y felices
> « Primaveras del alma»...

por más pesimista que usted parezca de la vida, agijoneado quizás por una situación excepcional y transitoria de su espíritu, y receloso de las acechanzas o esquiveces del porvenir, interrogue:

« ¿Por qué entonces me faltan y me huyen
« Aquella lumbre soberana y pura
« Que clareó mis vastos horizontes
« Cuando empecé a vivir, y aquella ardiente
« Llama de mi entusiasmo generoso,
« Esa luz y calor de mis primeras
« Dulces inspiraciones juveniles?»

Por más que usted persista en ello, yo seguiré afirmando que éste su canto, es el más rotundo mentís a sus temores. Y quien cual usted concibe un canto bellísimo y lo arroja al mundo a modo de presunta postrera lamentación de su alma elegíaca — como diciendo su adiós a la esperanza y a los sueños e ilusiones; — y en su breve peregrinaje por el mundo, ese canto resulta triunfador, y el triunfo aureola de laureles, otra vez más, su sién de poeta, — menos que en nadie y menos que nunca, puede justificarse el compungimiento que lo induzca en lo sucesivo a exclamar como ahora:

« En vano busco sin cesar, en vano,
« El calor y la luz de mis canciones
« De los antiguos tiempos»...

Las impetuosidades de las inteligencias fecundas son perjudiciales en determinados momentos de la vida, por que conducen fácilmente a soluciones inesperadas; así como el atleta, sin apercibirse, en-

cuentra muy a menudo, oportunidades para exhibir la garra vigorosa de su potencia muscular.

Yo quiero imaginarme que, en este caso, se ha dejado usted seducir por el arrullo de su estro, cuya gama vivaz e insofocada, ha recorrido inspiradísima por la escala de un sentimentalismo que espero no ha de arraigarse en su espíritu todo el diapasón de su alma sensibilizada, como que al fin es alma de poeta!

No crea que me alarma mucho, sin embargo, el escepticismo que se exterioriza en sus versos — cuya noble genealogía nos la da usted a conocer tan nítida y transparente en «Subjetiva», — y que se manifiesta, cuando usted lo quiere, con su garbo gracioso de *filosofía de salón,* como dijera Clarin, en arranques de pesimismo tierno, por que atribuyéndole como ya se lo expresé de palabra, un carácter *puramente ocasional* — no quiero calificarlo de disimulado — confío en la inconsecuencia de aquél y que aún podría traducirse en un optimismo de buena estirpe, el propio fondo del pensamiento generador de sus producciones sucesivas.

Piense usted un poco más; reconcéntrese con mayor detenimiento en su espíritu para estudiarse mejor; y aún cuando usted sabe que en el silencio

de la meditación germinan y crecen los recuerdos — halagadores o lacerantes — tampoco ignora usted que la naturaleza ha marcado a cada período de la existencia el ciclo de sus flores y de sus frutos. Y el hombre, planta al fin que se nutre y se yergue y se marchita y se agosta — así como su primavera y su invierno determinados — tiene también, en cualquier interregno o incidencia de la vida su sol y su sombra; su alegría y su tristeza; ilusiones y desengaños, esperanzas y nostalgias!...

Todo eso es natural porque es humano; y más frecuente y explicable aún en los temperamentos soñadores y sensibles como el suyo. Pero a esa situación psicológica del espíritu, que engendra el desaliento y el hastío, hay que oponerle la terapéutica eficaz y reconfortante de las energías morales, para levantar el alma de sus postraciones estériles, subjetivando las alburas siempre miríficas de la esperanza, en vez de las desolantes lamentaciones del desengaño que usted rimara con elocuencia en sus magníficos versos.

Perdóneme, que, sin advertirlo, háyame desviado un tanto del propósito esencialmente inductor de esta carta. No he podido, al hacer el justo elogio de su canto, prescindir de ciertas consideracio-

nes que el afecto amistoso ha de excusarlas, siquiera sea por los sentimientos inequívocos que las ha inspirado. Sabe usted que asisto complacido a sus triunfos intelectuales; que tengo fé en su estro y en el porvenir de su obra poética; porque el estudio, la experiencia y el arte han de encaminarlo hacia otros derroteros más en consonancia con las realidades de la vida, cuyos contrastes y sufrimientos constituyen el aguijón de la actividad y el estímulo en la naturaleza humana.

Con esta frase debí haber clausurado mi carta. Pero no he podido sustraerme a la tentación de consignar en sus páginas esta estrofa que es, para mí, una de las más bellas de «Subjetiva», por el vigor y colorido de sus versos, cuya música y «brillo metálicos» parece como que realmente tradujeran las armonías, los rumores y las múltiples vibraciones de los elementos que usted evoca en ese grito supremo de su alma, al lanzarla en pos de cariñosas reminiscencias lejanas. . . Cierro los ojos para escucharlo:

« ¡Oh, sí! Decidme todos
« Los que formaís el mundo; seres, cosas
« Del cielo y de la tierra;
« Mentiras y verdades... selvas... astros...
« Olas de mar... cascadas... vientos... montes...

« Destellos y armonías,
« Hombres con alma y cosas inorgánicas...
« Decidme, dónde fueron
« Dónde se encuentran hoy, y si perdidos
« Son ya por siempre... o si será posible
« Volverlos a mi alma, que sin ellos
« Se angustia y se consume,
« Y como flor de Agosto se marchita!»

Saludo al Poeta, levantando en alto mi sombrero, para verle pasar, y le reitero el tributo de mis aplausos entusiastas.

JUAN BAUTISTA GÓMEZ.

Buenos Aires, Agosto de 1905.

CARTA A UN POETA

QUERIDO Eduardito:

Una ocurrencia de buen humor — reveladora de tu espíritu, inquieto y gracioso — ha, seguramente determinado para que te nos presentaras con un seudónimo de típica ortografía catalán, a través de un libro de versos, de muy buenos versos, escritos, dice su brevísima portada interior, «en la amable penumbra de un largo atardecer»... Has mirado alto y lejos para contemplar en toda su amplitud el horizonte de la vida que cantas, desde diversos puntos de vista.

Bienvenido, pues, este libro de versos de amigo tan estimado, que trasunta en sus páginas todas, originales como estructura y como numen, una alma romántica, saturada de elegantes melancolías y de diáfanas ensoñaciones!

No te había imaginado hasta hoy con modalidades semejantes, tan nobles y tan bellas. Has hecho bien en descubrirte. Cultivas el verso con limpieza y sin afectaciones extravagantes. Dices con claridad y rimas con sencillez los ensueños de tu mundo interior. Así tus horas de paz bajo los register de Santa Matilde, en cuya sombra se mece tu espíritu en la serenidad voluptuosa de esos tus «remansos del alma», en las mañanitas doradas de sol y en las horas crepusculares. ¡Cuánta evocación cariñosa te sugieren esos recuerdos del campo, tan admirablemente trasladados sobre la página blanca en que imprimes tu nostalgia.

Primorosamente conducido por la mano de Amiel, has formado los «Capullos» de tu jardín. Tan elocuentemente trazas el cuadro de tu hogar y pintas su alegría sana en las gracias y el cariño de tus hijos. Ese tu colegial «con la gorrita» «sobre una ceja», es una delicia. Me encanta mucho oirte y saberte así, muy distante del llamado hogar moderno y de las frivolidades del modismo social. Y así es todo tu libro: honesto y sano.

En tus parábolas, has ahondado la pluma exornando de elegancia y poniéndole médula a sus versos, con dominio perfecto de la estrofa. ¿Qué di-

remos de Nostalgias, en que miras hacia adentro para desbordar tu alma a través de los senderos del corazón, en los que flota el incienso que perfuma la vida? Muy hermosos y muy sentidos los recuerdos de la «casa vieja», que ennoblece el amor filial. Todos los temas que abordas, los cantas diamantinamente.

Pero donde has puesto el vigor todo de tu espíritu, es en la última tarde de Peluffo describiendo su retirada del aula, en que diera su última enseñanza — rumbo a su hogar, en «actitud elegante, serena y melancólica», con ese cruel presentimiento de la muerte cercana». ¡Qué hermosa síntesis ese final de una vida que en este caso, por contraste, se extinguía «cuando por todas partes florecían las rosas»...

Es, de seguro, el mejor poema de tu libro.

Hiciste bien en consagrarle esta página intensa y elocuente. ¡Pobre Luis! ¡Tan inolvidable, tan completo!, cuyo recuerdo nos llama incesantemente al corazón, en el cual se había entronizado con arraigo este hermano del alma.

Agradezco, pues, muy de veras, el presente de tu libro, cuya lectura me produjo una simpática voluptuosidad intelectual. Es necesario que persis-

tas en producir lindos versos, ya que tan admirablemente has iniciado tu labor, poeta de buena estirpe.

He de tener el gusto de estrecharte la mano para congratularte personalmente con todos los votos de mi afecto invariable.

Hazme también el gusto de ofrecer a tu distinguida compañera, extensivos a ti, los saludos y las felicitaciones de María y míos, con nuestros cariños para tus hijitos poniéndonos a su disposición.

Entre tanto, vaya un abrazo, lleno de afecto del amigo que no te olvida.

JUAN BAUTISTA GÓMEZ.

Señor Doctor Don Eduardo Alemán.

EMILIA ESTER ZAMORA

VENGO desde muy lejos; del fondo mismo de mi selva umbría, espoleando los ijares de mi corcel transido, en busca de un oasis reparador y agradable donde refrescar mi frente marchitada. Llegó la claridad magnífica del monte: Allí expiran los rumores de la noche. Y con las primeras luces del alba, comienzan los tenores de la selva a poblar el espacio con sus dulces armonías. Me acerco más aun hacia donde me encamina el ambiente floral de mi ruta, y me encuentro a la vera misma del camino con un jardín en plena florescencia, y no obstante la estación estival, me siento invadido por un acentuado olor de rosas frescas que trasciende de una alma femenina que va también, pletórica de violetas y de jazmines, emprendiendo su marcha triunfal hacia el Parnaso.

¡Salve, niña gentil, encantadora Emilia Ester! cuya precocidad de once años, me asombra y desconcierta. Estoy en presencia de vuestro jardín primaveral al que heme introducido en su cerca por el fondo; y asomado por sobre el índice, que examino, hágome cargo del esfuerzo que ha tenido que realizar, para abordar la multiplicidad de asuntos que canta su musa, clara, suave y elegantemente.

La verdad es, niña poetisa: tiene usted el verso fácil y espontáneo, y es dueña, por lo tanto, de amplio espacio para tender sus alas al través de la inspiración subjetiva.

Hay en su jardín poético, de flores primaverales, breves poemas que traducen la riqueza de su mundo interior, como la «Historia de una avecilla» y el «Cestillo de frutas» y muchas otras de este mismo género, que sería largo a ellos referirme so pena de molestar a usted.

Es de honda satisfacción y de orgullo para mí, como correntino, tener que referirme elogiando ampliamente los versos de una comprovinciana mía, extraordinaria por su talento y su inspiración precoz; y doblemente satisfactorio para mí, por tratarse de la nieta de un amigo mío, muy que-

rido; por que ha de saber usted, que con su abuelito Enea, somos muy buenos e invariables amigos, desde hace más de cuarenta años.

Tiene usted toda una larga trayectoria por delante Emilia Ester para encauzar la vida, y su inteligencia, por precoz que sea, tendrá usted ocasión de dirigirla en adelante, por donde más le seduzca y le atraiga. Lo demás se lo dará el arte.

Muy agradecido al recuerdo que usted ha hecho de mi persona; créame que he leído con encanto y fruición su libro inicial, con el que ha entrado usted al templo del arte, con todo prestigio y aplauso. Me complazco en estrecharle calurosamente la mano.

JUAN BAUTISTA GÓMEZ.

1926.

DIVAGACIONES

CON el tiempo, yo quizá pudiera olvidarme de tí. Pero, no puedo consolarme de haberte perdido para siempre y sin remedio, sobre todo de esta manera: con tu odio y tu desprecio; tan injustificados ambos sentimientos y tan gratuitos. Yo, que no hice otra cosa que quererte tanto, y tanto, fraternalmente...

Pero, así no más, son las cosas de la vida. ¡Cuánto hay que simular a veces para desorientar el juicio humano! Yo, que he estudiado una indiferencia silenciosa y hasta adusta, para fingir lo inexacto. ¡Yo indiferente para ti y ante ti! ¡Qué ironía! Si hablara de viva voz el sentimiento, y traicionaran inadvertidamente también, en alta voz, los labios! ¡Cuántas contradicciones entre la apariencia y los hechos! La vida sería imposible. ¿Có-

mo y dónde encontrar la verdad? ¿Cómo castigar al criminal y absolver al inocente?

. . . . . .

. . . . . .

¡Qué lejos estamos de aquella época en que nuestros pensamientos conjugaban cordiales armonías, y coincidían en derivar hacia mirajes encantadores de brillantes panoramas, como de ensueños azules! sin crepúsculos ni tristezas que empañaran nuestra visión, embellecida de romanticismo y de inmortal amor!

. . . . . .

. . . . . .

FRAGMENTO FINAL DE UNA PAGINA SOBRE EL MAR

Y bramaba iracundo su oleaje, arrasando impetuoso las corrientes que se oponían a su paso, desesperado por llegar a la orilla, para tenderse ampliamente en la playa, fatigado de tanto correr por la llanura inmensurable. . . . . .

. . . . . .

Si fuera para arrullarme en tus brazos y sentirme acariciado todo entero por tus pupilas adorables —verdes como la esperanza— ¡qué me importaría la turbulencia resonante de sus olas, y su grandeza estupenda! si todo ello vendría a humillarse ante el atractivo real de tus encantos, única joya que en la vida me deslumbra y alboroza.

. . . . . .

PENSAMIENTO

LA terneza infantil es como el agua que surge del manantial dulce y cristalina. No hay obscuridades en el alma del niño, como no hay remansos peligrosos en la fuente serenísima del manantial.

4 de Febrero de 1904.

A UNA CAMELIA

UN simil perfecto de esta flor: el hombre bonito. Muy vanidoso él, y muy vacío. Ella, seduce de lejos: de cerca, su falta de perfume, la torna antipática.

31 de Enero de 1904.

VERSOS

A mi querida esposa María Dora R. de Gómez. (1)

El libro no ha sido escrito,
Porque el libro lo eres tú;
Y en ti está mi vida toda:
Mi estrella y mi cielo azul.

---

(1) Véase la página 35

EN LA PLAYA

A Fabián Panelo.

HEME aquí junto al mar; frente a sus olas
Que férvidas avanzan, y conducen
A la playa sonante, desde lejos,
El misterio insondable de su abismo.
Con qué estruendo se acercan, rumorando
El hervor de sus ondas procelosas,
Que al chocar en sus flancos se deshacen,
En la estéril ribera que se ensancha!
Vienen de muy distante, con los tumbos,
Del impetuoso mar, que brama fiero,
Sus melenas de espuma embravecidas,
Y conmueven el orbe con su grito.

¿Qué me dicen tus brumas, mar undoso?
¿Qué el vaivén de tu vértigo y tus iras?
Si la voz del abismo en que te meces,
Se apaga en el fragor de tu oleaje?
El eco de tu arcano,
En tu seno se ahonda borrascoso;
Y en la vasta llanura alzo la vista
Sobre el tumulto aterrador, en tanto
Que del profundo báratro las fauces
Clausurándose van, y en fragoroso
Grito se rompe al estallar en trueno,
Cuando tu masa colosal se estrella
Contra tu bloque de cristal ingente,
En horrisono estruendo desde el fondo;
E impelida por sordas tempestades
Viene por fin a detenerse quieta
Sobre la frente inmensa de la playa,
Y a contarnos las luchas pavorosas
Que empeña por doquier con el Destino.
¡Ah, si decir pudieras, mar sañudo,
Todo el secreto que tus ondas traen!
Desde el confín remoto en que te agitas,
Hasta la orilla húmeda y serena
Do a reposar de sus fatigas vienen
Después de tanto reluchar, cansadas;

Si todas las tragedias
Que consumarse viste,
Hora tras hora en tus dominios hondos,
Pudieses referirnos; cuánto diera!
Como una emulación del poderío,
Y la ambición tenaz del ser humano,
En este caso inútil y menguada
Ante tanta grandeza y tanto asombro;
Dijérate inspirado: rey del orbe,
Eres el triunfador omnipotente
Que te alzas hasta Dios. Y en tu soberbia
Te agigantas, llevando al infinito
Tu detonante voz, y ya en tus iras,
Todo lo arrojas de tu seno, mientras
Todo también se hunde ante tu paso
Incontenible, de feroz avance,
Hasta extinguir de golpe la muralla
Que osa oponerse a tus designios fieros;
Y seguir impulsando tus azares,
Desde el nuevo hasta el viejo continente.
¡Ah, yo quisiera contemplarte ufano,
De mi alto peñón inconmovible,
Y escuchar el rugir de tu oleaje
Que se estrella iracundo contra el casco
De la nave que hiende tu salobre

Y líquida extensión, interminable,
Y es el espanto del valor humano;
Que tiembla y desfallece,
Como una débil hoja ante el asombro
Que deja, y la impotencia en el estrago.
Pero, ¡detén al menos un instante
Tu vértigo espantoso, mar soberbio!
Deja al fin que en tus olas
Brille nítido el sol, y que la vista
Se fije y se detenga
A través de tu espacio inmensurable,
Que hasta la sombra del recuerdo traga!
¡Serénate un momento,
Ya que en tu alto equilibrio te sosiegas!
Ven a la orilla a deponer tus iras!
Qué dulcemente lleguen
A antonar su romansa policorde,
Llenas de una emoción desconocida,
Esas ondas que vienen de distancia
A contarnos la historia
De tanto batallar, y los desastres
Que consumara, al fin, para imponernos
De su dominio el sello y su grandeza. . .
Pero, debo alejarme, contristado,
De aquesta encantadora

Y rumorosa playa, la nostalgia
Dejando de mi amor sobre tus olas;
Donde canta mi musa, noche y día,
La canción del recuerdo inmarcesible,
Y me llama su voz, dulce y serena,
Para decirme, queda y conmovida,
El horror de sus hondas inquietudes,
Temerosa de todos los naufragios,
Que encadenan feroces las tormentas;
Sin lograr traducir de tus terrores
La inescrutable voz, ¡mar estupendo!
A quien cantaron himnos los poetas,
Inspirados del orbe;
Ante quien se rindieron
Los insignes colosos de la tierra!
Y en los cuales, brillantes culminaron
Las páginas excelsas de la gloria.

Playa de Punta Mogotes,
Mar del Plata.

Enero 17 de 1929.

CONFIDENCIA

AL fin solos, gloria mía!
He aguardado mucho tiempo
este instante tan soñado
de infinitas florescencias
que se abrieran en mi alma,
con brillantes perspectivas,
viendo en mis sombras de duda,
siempre la gloria en tus ojos.
está próximo el idilio:
el momento ya se acerca.
¿No lo sientes dueña mía?
sólo falta, pues, mi gloria,
que se junten nuestros labios
en un beso largo y dulce,
dulce y largo en que la esencia

de la vida se estremece
y en sus vértigos naufraga.
Esta yace toda ahita,
desvaída, toda exangüe
de apurar grandes placeres
que jamás soñó en la vida
de aventuras que corriera,
tanta dicha ver, y el fuego
en el fondo verde obscuro
de tus ojos soberanos,
que me arrastran... no sé adonde...
como aquellos glaucos ojos
que a Becquer lo enloquecían.
Ven a mí. Ya estoy de hinojos,
implorando tus caricias;
seda y miel hay en tus besos;
flor y aroma en tu alba frente;
y en la joya del cabello,
el perfume de tu encanto
va infiltrándose en mi alma
toda luz y transparencia.
Me parece reflejarse
de su llama el fondo mismo,
encendida en los fulgores

del amor que a tí me asciende
suspendido por tu beso.
Ven a mí. Dímelo todo;
tengo un ansia que me asalta
de escucharte ya el secreto
que arrancaste a mi hermetismo
en aquel sublime rapto
que tus manos adorables
impusiéranme silencio
puesto el índice en mis labios
sin que nadie lo advirtiera.
Pues tú sola tradujiste
aquel grito de mi alma
que vibró sus cuerdas todas
para aquel gran sentimiento
en que penas y alegrías
se trasuntan de consuno
por llegar a un solo punto
que está todo aquí en mis sueños.
Pero, en fin, no me lo digas...
Ya me hablaron tus miradas,
con el brillo incomparable
de tus ojos elocuentes,
cuyas mágicas pupilas
atizando sus incendios,

me cantaron el poema
que rimara aquella frase
breve y regia, y sugestiva,
que llenó para nosotros
del amor de los amores.
Yo soy tuya, me decías:
tuya toda y siempre tuya,
solo tú y yo lo sabemos.
¿Para qué contar a nadie
lo que en nuestras almas vive?
Lo que entre nosotros canta
y lo que en nosotros muere.
Y aquí estamos ya el idilio
pregustando gloria mía,
con mil besos en la frente
y dulzores en el alma.
Ven a mí. No te me escondas,
acercarte a mis mejillas,
es contarme tus afanes
tus más hondos frenesíes. . .
ven y oigamos nuestras cuitas
para en adelante al menos,
no miremos el presente;
pues ya es tiempo que vivamos
en un cielo de caricias

con el porvenir por astro
y por fe nuestro cariño.
¡Qué bella es así la vida!
¡Cuál se hinche el alma toda
de fruición y dulce ensueño
y de pensamientos altos!
Hace mucho yo he pensado,
en secreto así decirte
estas confidencias mías;
no las digas, no, a ninguno:
guárdalas secretamente;
que no sepa el mundo nunca,
y sí solo nuestras almas.
Para en ellas adormirnos
en el más hermoso sueño
que ningún otro tuviera;
así pues, te doy la cita
en el jardín más florido;
donde los jazmines alzan
sus perfumes tentadores,
y las sienes languidecen
presas de sutil ensueño;
desmayárame en tus brazos
cual se desmaya la rosa
roja en su sueño postrero,

sobre ese muy blanco mármol
de tu corazón, mi alma.
Y así, muriéndome pueda,
dormir, previamente al menos,
por tus besos arrullado,
en el confín de la vida,
guarnecido con las rosas
que tus manos las cortara
para perfumar mi frente,
cuando ausentádome hubiera;
dejándote, gloria mía,
desde el fondo de mi alma,
con la emoción más profunda,
mi cariño y mi recuerdo,
leal, invariable y alto.

Estos versos han sido escritos en Marzo 20 de 1928 como exordio para un romance amoroso, y será publicado como canto póstumo, que traduce un gran amor espiritual innominado, por no ser necesario.

POSTALÓFILAS

Si hasta los astros del cielo
Descienden a contemplarte,
Los mortales ¡qué no harían!
Bella ondina subyugante.

A UN BUQUE

¡Pobre bagel, acechado,
Por las olas inclementes,
No arribas al faro ansiado!
Naufragarás destrozado
Por las férvidas rompientes.

INCITACION

LÉEME. No me sufras. Necesito
Que conozcas ya toda mi amargura;
Toda la que has volcado dentro mi alma
En esa noche atroz que me tortura.

SIN NOMBRE

QUÉ romance hay en tus ojos!
¡Y qué brillo en tu mirada!
Parece el de dos luceros
Que asoman por el oriente,
Entre los rayos primeros
Del sol estival naciente.

Lo elocuencia con que hablan
Al mirar, me desconcierta;
Todo mi ser se estremece
Y el alma se me arrodilla:
Puesto que así se ennoblece,
¡Amalo, al que así se humilla!

No se humilla así mi gloria;
¡La gloria de amarte tanto!
Y a tanta altura mis ojos,
Jamás se alzaron del suelo,
Como cuando yo de hinojos,
Miraba ante ti mi cielo.

Siempre yazgo en ese cielo:
Cuando a tu vera, mi anhelo,
Escucho la melodía
De tu angélica palabra,
Que es un raudal de armonía
Dentro de mi pecho, y labra
Como un surco radiante que fulgura,
Sobre encantada huella que perdura.

Mar del Plata, 1929.

AL OIDO

A Carolita Elsa Copello.

OYE Silfa [1] encantadora,
De mi jardín el más bello
Ejemplar entre las rosas,
Por su color y perfume,
Paradisíaco y de ensueño;
Soy el hombre trashumante,
Sin sosiego ni descanso,
Que mira hacia el alto cielo,
Buscando entre las estrellas
La que fulgura en tu frente
Asaz diamantina, hermosa;

---

(1) Hago una contracción de la palabra sílfide, que según el diccionario se dice a las ninfas del aire, o a la dama fina y graciosa.

Y aureolando tus mejillas
Le da un timbre de realeza
Sugestionante y altivo,
Que va esparciendo a tu paso
La gala del mundo toda,
Que a tus pies se siente ufana;
Difundiendo la belleza
Que a tu veste va ceñida
Y radia y encanta siempre
Como un himno que se adentra,
Y en los arpegios del alma
Toma color, forma y línea.

Mar del Plata, 1929.

LAMPO

Al partir, dejo en la nueva
Playa de Punta Mogotes,
Del corazón un latido,
Que fuertemente me atrae:
Y me llevo un canto hecho
Al mar turbulento y vasto,
Que brama y palpita fiero,
Entre el abismo profundo
Y la arena de la playa,
Do mansamente se aquieta
Cuando cesa la borrasca.
Aquellos eran ¡qué ojos!
¡Parecían dos luceros!
¡Con qué suprema elocuencia
Sus pupilas relumbraban!

¡Cuánta luz, cuánta poesía
Irradiaban esos ojos!
¡Hasta del alma la noche
En su sol se refulgía!
Y la nostalgia, que penas
Ahondar hacía gimiendo
La gama de los pesares,
Se convertía en riente
Luz de un despertar risueño,
Haciendo brotar prodigios
Y florecer pensamientos;
Aroma y luz en el alma
Para perfumar la vida,
Que se marchita pensando
Cuando no es correspondido
Por su *adorado tormento.*

Mar del Plata, 1929.

INCONGRUENCIAS

No te enojes mi muñeca, no te enojes;
Muy bueno es que cuando llueve, tú te mojes.

Nunca yo quise como a tí te quiero.
En cambio tú hasme dicho: «majadero».

Sin decirme te amo, me soltaste:
Y en un yermo erial me abandonaste.

Parodiemos al gran bate chileno,
Duble Urrutía, inspirado y muy sereno.

(En alas de vibrante idolatría)
El dijo en un poema; quise un día,

Con unción fraternal a una alma noble.
La amistad se tronchó, ¡¡se troncha el roble!!

Yo soy el Intendente ā quien *desuellas*
Y en mi cielo fulguran làs estrellas.

Es la musa del delirio que despierta mis sentidos,
Que en la tarde agonizante de mi vida están dormidos;
Y se filtra raudamente por mis ojos, que están ciegos,
De admirar tantos prodigios y quemarse en tantos fuegos.

Por eso desde entonces, alma mía,
Voy en pos de las huellas, noche y día,
Que desde lejos veo, enagenado,
Deja tu planta breve en el gastado
Recinto do comenta
Elocuentes decires el asceta;
O cual dijo en sus versos el poeta,
El gay bate cubano, muy esteta:
Voy detrás de la gloria,
No por ser gloria sí por que tu lúces
(Como trofeo azul de vanagloria)
El amoroso verde de tus ojos:
Lo digo con fruición y sin sonrojos.

1929.

LEJOS

Te vas, ¡oh dulce amiga,!
Dejando en mí un vacío
Que la esperanza misma
No lo podrá llenar;
No quiero adiós decirte;
Por que mi adiós sombrío,
Podría ser el eco,
De un hondo suspirar.

Quisiera ser la nave,
Gallarda y elegante
Que deja tras su estela,
Las ondas enturbiar;

Quisiera ser la brisa
Del Paraná gigante,
Y acariciar tu frente,
Besándote al pasar.

Mas quiso mi Destino,
Dejarme de ti lejos,
Quedándome tan solo
La flor de tu amistad;
Es ella la que llevo
Cubriéndola de besos,
La que mitiga siempre,
Mi amarga soledad.

1927.

REMINISCENCIAS

Antes

Hemos juntos reído. Amaba entonces,
Tu mirar, tu sonrisa, tu cabello;
Oía yo con amor tu dulce canto,
Y tu escuchabas con placer mis versos.

¿Te acuerdas Celia de esas claras noches,
Cuando a la sombra de los verdes sauces,
Y en el banco de cedro reclinados,
Mirábamos la calma del paisaje?

¡Mentira! Que esas horas placenteras,
Acariciaste apenas un segundo,

Por que olvidaste el juramento eterno,
Que nuestro amor a tu conciencia impuso.

Después

Yo te he visto llorar. Brillante lágrima
Humedeció el azul de tu pupila
Y parecíome gota de rocío
En trémula violeta suspendida.

Ni un latido en mi pecho, ni un suspiro,
Arrancó de mi alma tu lamento;
Fuerza es sufrir, de mi pasión tirana,
He de llevar a solas tu recuerdo.

Hoy

Ya todo se acabó. Solo una rosa
Como un recuerdo de tu amor me queda;
Aquella rosa que me diste un día,
Testigo fiel de tu pasión primera.

Mañana

¿No has de negar que me quisiste un poco,
Mucho, tal vez, ¡oh, Celia! ¿no es verdad?
No llores, que tu nombre, vida mía,
Siempre grabado en mi memoria está.

Y mañana, que vuelvas tu pasado.
En ondas de amargura acariciar,
Y solo encuentres el cadáver frío,
De una esperanza que no existe yá.

Ven a mis brazos, sol de mis tinieblas;
Querube de mis sueños, sideral,
Ven a calmar tus íntimos pesares. . .
Y acuérdate. . . yo siempre te he de amar.

1927.

EL GRAN CASTILLO DE HEIDELBERG (1)

A Walter Ahrens.

ENTRE su selva gigante
Heidelberg tiene un castillo,
Que en vasta ruina nos cuenta
La historia de muchos siglos.
Todo el mundo acude a verlo,
Por que está para ser visto.
Y de su cumbre soberbia
Se domina el infinito:
La bella ciudad, el bosque;
El Neckar, su hermoso río,
Que va sus glorias cantando
Rumoroso y conmovido;

(1) En 1922, lo hemos visitado detenidamente.

Tiene las curvas violentas,
Sus aguas extraño brillo,
Y va reflejando en ellas
La faz del cielo plomizo;
Como su lecho refracta
La construcción de sus lindos
Chalets de moderna estampa.
Muy cerca de allí el camino
Va por la comarca enhiesta,
Trepando sobre los riscos
Que en las más altas montañas
Se eleva sobre sus picos,
Donde yacen las señales
Que allí dejaron los fríos
Acumulando la nieve.
Y cual rudo precipicio
Cuando derrite el verano,
Queda allí un hondo vacío
Lo que fué bloque compacto.
Una profusión de pinos
A la vera del boscaje
Sombréanos el camino
Hasta llegar a la cumbre
Do el Köenigstuhl yace erguido,

Y el funicular que cruza,
Cada instante de improviso.
¡Qué espectáculo imponente,
Para quedarse contrito!
Ante tanto panorama,
Que llena todos los sitios,
Como un lienzo de esmeralda
Que va quedando amarillo,
Con la fuerza del otoño,
En la estación ya propicio.
Cinta de cristal luciente
Parece que fuera el río,
Que por fértiles comarcas,
Va extendiendo sus dominios,
Y hasta la montaña misma,
Para ampliarle su camino,
Parece que en dos se abriera
Y a su cauce circunscripto,
Sin destrucción de su margen,
Para evitar remolinos,
A sus linfas azuladas,
Que van corriendo en tranquilo
Deslizarse aguas abajo,
Hasta llegar al ya mismo
Confín do se extingue el Neckar;

Y se para de improviso
Como de muerte imprevista.
Y atrás quédase el castillo,
Que fué alternativamente
—Mil doscientos veinticinco—
De Conrado Höhenstaufen,
Y de dueños sucesivos.
Es su historia muy fecunda
En leyendas de amoríos,
Y hasta báquicas escenas
En los salones do el vino
Corría profusamente,
—Doscientos veinte mil litros—
Para sustentar la fiesta
Y no quedarse mohino;
Era el tonel más gigante
Que hasta la fecha se hizo
Según las crónicas cuentan,
Y hasta hoy yace bien tenido
Como una joya preciada.
Por Perkeo conocido,
El Caballero Clemente
Era quien cuidaba el vino.
Y fué Don Carlos Felipe,
El autor de tal prodigio,

Que a su bufón lo nombrara
Como cuidador eximio
De este brevaje importante
Para fiestas del Castillo...
Interminable sería
Contar en romance escrito,
De tamañas proyecciones,
Por eso, ya más no sigo,
Este que va muy risueño
Tomando todo un juicio
De la historia interesante
De tan inmenso Castillo,
Al que acude el mundo entero
A dar fe de que lo ha visto,
Y tiene como existencia
Lo menos ya siete siglos.

Abril de 1929.

¿RECONCILIACION?

LEVANTO con tu nombre mi plegaria!
Y a pedirte perdón vengo de hinojos;
Resistir ya no puedo este silencio,
Y se llenan de lágrimas mis ojos.

Llevo tanto dolor dentro de mi alma
Por el cruel castigo que me has dado;
Cuando yo te he querido únicamente
Y con tanto rigor me has fustigado.

¡Yo te pedí que hiciéramos las paces!
¿Qué mejor proporción de reconcilio?
Y recíprocamente perdonarnos,
Y terminar así con este exilio.

Tú no tienes por qué de mí quejarte,
Contigo bueno fuí... caballeresco.
Heriste mi bondad y hasta abusaste...
Dándome un trato tal, que no merezco.

¿Y por qué así te ensañas hoy conmigo?
¿De qué tú me acusaras?... ¡Oh querida!
Si cuanto más me miro, menos hallo
Qué pueda distanciarnos en la vida.

Pronto Irondel tu reacción la espero.
En tu miel endulzarme, yo lo cuento.
Volver a la amistad ya muy en breve,
Y fundir alma y vida y pensamiento.

ANGUSTIA

¡OH, cual se arrastra triste mi existencia
Como un fardo ya inútil por tu ausencia!

Y en mis noches insomnes van las horas
Lentamente pasando turbadoras;

Hasta que llega el día, palpitante,
Pleno de luz y sol, como insultante,

De mi acerbo llorar. Y el desconsuelo
Apenas le responde. En mi hondo anhelo,

El fantasma del frío desencanto
Yergue su negra cruz de camposanto,

Cual diciéndome, mustio y conmovido:
Ya, por siempre jamás... ¡tumba y olvido!

MENSAJE

ESCÚCHAME mi amor: aquí está el libro.
Libre ya de las prensas, te lo entrego.
Por que debes leerme aunque no quieras.
Hay tantas cosas que por ti inspiradas
Son, y que tú no puedes ignorarlas.
No encontrarás en él tu nombre impreso,
Pero está en él tu alma transparente,
Transparente y vivaz como la estrella
Que regia fulge en el remoto cielo.
Ya para ti no irá tu nombre escrito,
Por que en él estoy yo muy tiernamente;
Y hasta mis sueños hacia ti volando
Envueltos en su aroma a ti se acercan
A referirte sus coloquios dulces,
Y todo lo que pienso de continuo

Cuando voy hacia ti, amante y bueno
A buscar a tu sombra mi refugio;
El refugio de mi alma que no encuentra
Otro calor que en el de ti se halla,
Lleno de esencias de un amor triunfante
En todo el orbe de pasión henchido.
¡Oh, mi alma, primor de los primores!
Y encantos mil en que el dolor naufraga
Y alivio encuentran sus rigores hondos;
Para ascender en alas de la gloria
Y vivir en un cielo donde brilla
Toda la luz que el corazón ansía,
Y de ese sol que no se extingue nunca
Dentro de mi cerebro que en ti piensa,
Y solamente en ti, porque me obsede
Tu recuerdo ideal, encanto mío.
Y ya nunca hallarás otro que abrigue
Corazón tan leal como el que llevo
Para ti todo entero, hasta que cese
Mi vida de latir... ya para siempre.
Porque nací para quererte solo,
Siempre a ti, solo a ti, mi bien amada.
Pues mi alma, tú no eres para todos;
¿Y quién te entiende a ti que yo no sea?
Hoy lo puedo probar que te adivino,

En un todo y por todo, cuanto quieras.
¡Oh mi musa, mi amor, mi vida toda,
¿Cómo sin ti tú quieres que yo viva?
¡Oh si supieras, yo dispuesto a todo
Siempre a tu lado estoy, y aunque invisible,
Te cobija mi sombra como nunca
Dulce y serena de pasión henchida.
Y valiente a tus pies, lleno de orgullo
Para besarte así... y hasta morirme...
¡Apasionado siempre, y siempre amante!

Mayo 1929.

INDICE

INDICE

PROSA

	Página
Proemio	7
Evocando un recuerdo	11
Pagina suelta	17
Charla literaria	19
Para la introducción de un libro que no llegó a escribirse	35
En la montaña	39
Carta abierta a Angel F. Avalos	41
A Gustavo S. Gómez	47
Carta a un poeta	57
Emilia Ester Zamora	61
Divagaciones	65
Fragmento final de una página sobre el mar.	67
Pensamiento	69
A una camelia	71

VERSOS

En la playa	77
Confidencia	83
Postalófilas	89

	Página
A un buque	91
Incitación	93
Sin nombre	95
Al oído	97
Lampo	99
Incongruencias	101
Lejos	103
Reminiscencias	105
El gran castillo de Heidelberg	109
Reconciliación	115
Angustia	117
Mensaje	119

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00027932998